dora. Que quien escucha a Jesús se sentirá siempre enviado a los hermanos, llamado a compartir lo que ha "visto y oído", urgido a actuar con espíritu evangélico, a hacer él "lo mismo", como en la parábola del Samaritano (Lc. 10, 37).

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos, luz que nos permite interpretar los signos de los tiempos y vivir los acontecimientos de la historia (*Marialis Cultus* 17). Sin ella no sabríamos por dónde caminar, ni a dónde dirigimos; no tendríamos nada que aportar a los demás; seríamos *"ciegos que guían a ciegos"* (Mt. 15,14). La Iglesia sabe que sólo acercándose al Señor, escuchando sus palabras y poniéndolas por obra, edifica sobre roca y es, de verdad, Iglesia de Cristo, familia suya, servidora del Reino (Mt. 7, 24; Lc. 8, 21). Y que sólo así -abriendo el oído, el corazón y la vida a la Palabra- le alcanza a ella la felicitación que pronunció Jesús, cuando alguien, una mujer de entre la muchedumbre, se refirió a su Madre, a María: *"Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen".* (Lc. 11, 28)

En este marco, el Papa Benedicto XVI recomienda "la tradición de la *Lectio divina*: la lectura asidua de la sagrada Escritura acompañada por la oración realiza el coloquio íntimo en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y, orando, se le responde con confiada apertura del corazón (DV, 25). Está convencido de que, si esta práctica se promueve eficazmente, producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual".

III. COMPROMISO

Los últimos cuatro subsidios (13 al 16) buscan dar una base teórica sólida sobre el valor y dignidad de la Palabra de Dios para ayudarnos a vivir de una manera mas profunda nuestro servicio como proclamadores. Se recomienda al equipo, leer la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (Concilio Vaticano II) y profundizar en ella, ya sea dividiendo su estudio, semanalmente, por numerales o capítulos.

IV. ORACION FINAL

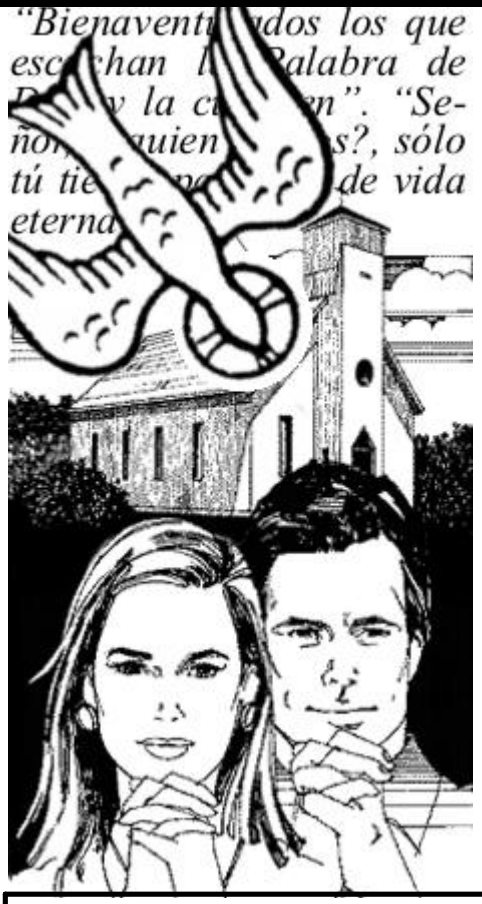
RESPETEMOS LAS DIFERENCIAS
¡Queremos ser Hermanos!

comisionarquidiocesanadeliturgia@yahoo.com

EQUIPO DE
Proclamadores de la Palabra
COMITE DE LA CELULA PARA LA ANIMACION LITURGICA

ETAPA 1 • FASE 2 • AÑO 1

ARQUIDIOCESIS DE BARRANQUILLA • DPTO. DE SERVICIOS PASTORALES
PASTORAL LITÚRGICA • SUBSIDIO No. 16 • OCTUBRE 2006



La Iglesia vive de la Palabra de Dios

OBJETIVO

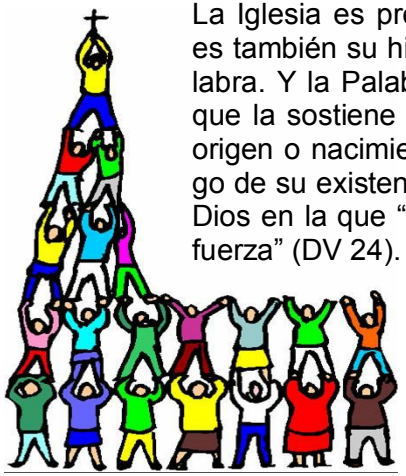
Al finalizar el encuentro, los integrantes del equipo de proclamadores reconocen como la Palabra de Dios es alimento y vida de la Iglesia.

I. ORACION: 1 Pe. 1, 24. 2, 1 - 3

- ¿Actualizo en mi vida la Palabra de Dios? ¿Me dejo exhortar por ella?
- ¿Soy difusor de la Palabra de Dios sólo durante mi servicio o la hago vida en medio de mi cotidianidad con mis familiares y amigos?

II. FORMACION

Toda palabra busca ser escuchada; y en esa escucha se completa o alcanza su meta. También la Palabra de Dios quiere ser escuchada, y cuando esa escucha se produce tenemos la Iglesia. Esta no es sino "convocación de Dios", comunidad de los que han respondido a su llamada, o escuchado su Palabra. Palabra de Dios e Iglesia son realidades íntimamente relacionadas.



La Iglesia es pregonera de la Palabra de Dios; pero es también su hija, pues nace de ella, nace de la Palabra. Y la Palabra que hace nacer a la Iglesia es la que la sostiene y alimenta. La Iglesia, no sólo en su origen o nacimiento, sino en su desarrollo, o a lo largo de su existencia, está necesitada de la Palabra de Dios en la que "encuentra sin cesar su alimento y su fuerza" (DV 24).

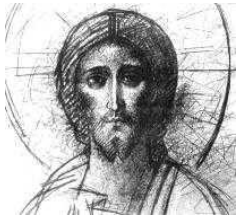
El nacer y crecer de la Iglesia, o comunidad cristiana, corre parejo con el anuncio y acogida de la Palabra de Dios. Allí donde esa Palabra se proclama y encuentra la respuesta de la fe surge una comunidad cristiana, crece la Iglesia de Jesucristo. En algún pasaje del libro de los Hechos parece incluso que esas dos realidades. Iglesia y Palabra, son equiparadas: *"La Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se incrementó considerablemente el número de los discípulos"* (Hch. 6, 7).

Crece la Iglesia porque crece la escucha de esa Palabra, que es **fuente y vida de la Iglesia**. Para ser Iglesia y permanecer como tal, la comunidad cristiana ha de ser **"oyente de la Palabra".** Es esta una expresión que se ha hecho familiar y repetida desde que la usara Pablo VI, en la *Marialis Cultus,* aplicándola a la que es "prototipo y modelo" de la Iglesia, la Virgen María. Ella es la "Virgen oyente" que, dando a la Palabra de Dios el sí de la fe y de la entrega incondicional, llegó a ser Madre de Jesús, la Palabra encarnada del Padre. También la Iglesia ha de ser, a imitación de María, oyente de la Palabra que está llamada a anunciar.

Si no quiere que su discurso sea vacío, tiene que alimentarse constantemente de la **Palabra de Vida**; si ha de anunciar a Cristo, tiene que encontrarse con él y escucharle de continuo en el Evangelio; dejarse evangelizar, para ser evangelizadora. "Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, (la Iglesia) tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio" *(Exhortación Apostólica Evangeli Nuntiandi, 15).*

Sólo adentrándose ella misma en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, en el conocimiento de Cristo, podrá irradiar su luz y testimoniarle como Salvador a los hermanos. Toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda Escritura divina se cumple en Cristo. Por eso, conocer la Escritura es conocer a Cristo, y "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (DV 25, citando a san Jerónimo).

Palabra de Dios y Sagrada Escritura no son equiparables, sin más; pero son entre sí indisociables. La Palabra de Dios se ha hecho, bajo la acción del Espíritu Santo, Escritura; y la Escritura se hace Palabra viva de Dios para quien la lee, o escucha, bajo la acción del mismo Espíritu. Por eso la Iglesia "ha venerado siempre las Sagradas Escrituras como el Cuerpo mismo del Señor" (DV 21). Es el mismo Cristo el que se da como "pan de vida" en la Eucaristía y en la Palabra; el mismo Cristo a quien hacemos nuestro por la comunión sacramental y por la comunicación de la fe o por la fe con que respondemos a la Palabra con que nos habla.



Como el apóstol Pedro, la Iglesia dice a su Señor: "¿A quién vamos a acudir? En tus palabras hay vida eterna" (Jn. 6, 68). Y se reúne en torno a él y se sienta a sus pies, como María, la de Betania, para escucharle sin prisas y dejarse impregnar de su espíritu y de su amor, de su pensar, de su sentir, de su querer, de su pasión por el Reino de Dios, que es salvación de los hombres. Sí, hemos de ponernos, como María, a la escucha de Jesús y de las Escrituras, que nos hablan de él, para llenarnos de su vida y entregarnos, luego, como Marta, al servicio, a la acción, al anuncio de la verdad salva-